

Capítulo 10

Progresos de la reforma

La misteriosa desaparición de Lutero despertó consternación en toda Alemania, y por todas partes se oían averiguaciones acerca de su paradero. Circulaban los rumores más descabellados y muchos creían que había sido asesinado. Oíanse lamentos, no solo entre sus partidarios declarados, sino también entre millares de personas que aún no se habían decidido abiertamente por la Reforma. Muchos se comprometían por juramento solemne a vengar su muerte.

Los principales jefes del romanismo vieron aterrorizados a qué grado había llegado la animosidad contra ellos, y aunque al principio se habían regocijado por la supuesta muerte de Lutero, pronto desearon huir de la ira del pueblo. Los enemigos del reformador no se habían visto tan preocupados por los actos más atrevidos que cometiera mientras estaba entre ellos como por su desaparición. Los que en su ira habían querido matar al arrojado reformador estaban dominados por el miedo ahora que él no era más que un cautivo indefenso. “El único medio que nos queda para salvarnos—dijo uno—consiste en encender antorchas e ir a buscar a Lutero por toda la tierra, para devolverle a la nación que le reclama” (D’Aubigné, lib. 9, cap. 1). El edicto del emperador parecía completamente ineficaz. Los legados del papa se llenaron de indignación al ver que dicho edicto llamaba menos la atención que la suerte de Lutero.

Las noticias de que él estaba a salvo, aunque prisionero, calmaron los temores del pueblo y hasta acrecentaron el entusiasmo en su favor. Sus escritos se leían con mayor avidez que nunca antes. Un número siempre creciente de adeptos se unía a la causa del hombre heroico que frente a desventajas abrumadoras defendía la Palabra de Dios. La Reforma iba cobrando

constantemente fuerzas. La semilla que Lutero había sembrado brotaba en todas partes. Su ausencia realizó una obra que su presencia no habría realizado. Otros obreros sintieron nueva responsabilidad al serles quitado su jefe, y con nueva fe y ardor se adelantaron a hacer cuanto pudiesen para que la obra tan noblemente comenzada no fuese estorbada.

Satanás empero no estaba ocioso. Intentó lo que ya había intentado en otros movimientos de reforma, es decir engañar y perjudicar al pueblo dándole una falsificación en lugar de la obra verdadera. Así como hubo falsos cristos en el primer siglo de la iglesia cristiana, así también se levantaron falsos profetas en el siglo XVI.

Unos cuantos hombres afectados íntimamente por la agitación religiosa, se imaginaron haber recibido revelaciones especiales del cielo, y se dieron por designados divinamente para llevar a feliz término la obra de la Reforma, la cual, según ellos, había sido débilmente iniciada por Lutero. En realidad, lo que hacían era deshacer la obra que el reformador había realizado. Rechazaban el gran principio que era la base misma de la Reforma, es a saber, que la Palabra de Dios es la regla perfecta de fe y práctica; y en lugar de tan infalible guía sustituían la norma variable e insegura de sus propios sentimientos e impresiones. Y así, por haberse despreciado al único medio seguro de descubrir el engaño y la mentira se le abrió camino a Satanás para que a su antojo dominase los espíritus.

Uno de estos profetas aseveraba haber sido instruido por el ángel Gabriel. Un estudiante que se le unió abandonó los estudios, declarándose investido de poder por Dios mismo para exponer su Palabra. Se les unieron otros, de por sí inclinados al fanatismo. Los procederes de estos iluminados crearon mucha excitación. La

predicación de Lutero había hecho sentir al pueblo en todas partes la necesidad de una reforma, y algunas personas de buena fe se dejaron extraviar por las pretensiones de los nuevos profetas

Los cabecillas de este movimiento fueron a Wittenberg y expusieron sus exigencias a Melancton y a sus colaboradores. Decían: “Somos enviados por Dios para enseñar al pueblo. Hemos conversado familiarmente con Dios, y por lo tanto, sabemos lo que ha de acontecer. Para decirlo en una palabra: somos apóstoles y profetas y apelamos al doctor Lutero” (ibíd., cap. 7).

Los reformadores estaban atónitos y perplejos. Era este un factor con que nunca habían tenido que habérselas y se hallaban sin saber qué partido tomar. Melancton dijo: “Hay en verdad espíritus extraordinarios en estos hombres; pero ¿qué espíritus serán? [...] Por una parte debemos precavernos de contristar el Espíritu de Dios, y por otra, de ser seducidos por el espíritu de Satanás” (ibíd.).

Pronto se dio a conocer el fruto de toda esta enseñanza. El pueblo fue inducido a descuidar la Biblia o a rechazarla del todo. Las escuelas se llenaron de confusión. Los estudiantes, despreciando todas las sujeciones, abandonaron sus estudios y se separaron de la universidad. Los hombres que se tuvieron a sí mismos por competentes para reavivar y dirigir la obra de la Reforma, lograron solo arrastrarla al borde de la ruina. Los romanistas, recobrando confianza, exclamaban alegres: “Un esfuerzo más, y todo será nuestro” (ibíd.).

Al saber Lutero en la Wartburg lo que ocurría, dijo, con profunda consternación: “Siempre esperaba yo que Satanás nos mandara esta plaga” (ibíd.). Se dio cuenta del verdadero carácter de estos fermentados profetas y vio el peligro que amenazaba a la causa de la verdad. La oposición del papa y del emperador no le habían sumido en la perplejidad y congoja que ahora experimentaba. De entre los que profesaban ser amigos de la Reforma se habían levantado sus peores enemigos. Las mismas verdades

que le habían producido tan profundo regocijo y consuelo eran empleadas para despertar pleitos y confusión en la iglesia.

En la obra de la Reforma, Lutero había sido impulsado por el Espíritu de Dios y llevado más allá de lo que pensara. No había tenido el propósito de tomar tales resoluciones ni de efectuar cambios tan radicales. Había sido solamente instrumento en manos del poder infinito. Sin embargo, temblaba a menudo por el resultado de su trabajo. Dijo una vez: “Si yo supiera que mi doctrina hubiera dañado a un ser viviente por pobre y oscuro que hubiera sido—lo cual es imposible, pues ella es el mismo evangelio—, hubiera preferido mejor morir diez veces antes que negarme a retractarme” (ibíd.).

Y ahora hasta el mismo Wittenberg, el verdadero centro de la Reforma, caía rápidamente bajo el poder del fanatismo y de los desórdenes. Esta terrible situación no era efecto de las enseñanzas de Lutero; pero no obstante por toda Alemania sus enemigos se la achacaban a él. Con el ánimo deprimido, preguntábase a veces a sí mismo: “¿Será posible que así remate la gran obra de la Reforma?” (ibíd.). Pero cuando hubo orado fervientemente al respecto, volvió la paz a su alma. “La obra no es mía sino tuya—decía él—, y no consentirás que se malogre por causa de la superstición o del fanatismo”. El solo pensamiento de seguir apartado del conflicto en una crisis tal, le era insoportable; de modo que decidió volver a Wittenberg.

Sin más tardar arriesgó el viaje. Se hallaba proscrito en todo el imperio. Sus enemigos tenían libertad para quitarle la vida, y a sus amigos les era prohibido protegerle. El gobierno imperial aplicaba las medidas más rigurosas contra sus adherentes, pero vio que peligraba la obra del evangelio, y en el nombre del Señor se adelantó sin miedo a combatir por la verdad.

En una carta que dirigió al elector, después de manifestar el propósito que alentaba de salir de la Wartburg, decía: “Sepa su alteza que me dirijo a Wittenberg bajo una protección más valiosa que la de príncipes y

electores. No he pensado solicitar la ayuda de su alteza; y tan lejos estoy de impetrar vuestra protección, que yo mismo abrigo más bien la esperanza de protegeros a vos. Si supiese yo que su alteza querría o podría tomar mi defensa, no iría a Wittenberg. Ninguna espada material puede adelantar esta causa. Dios debe hacerlo todo sin la ayuda o la cooperación del hombre. El que tenga más fe será el que podrá presentar mejor defensa” (ibíd., cap. 8).

En una segunda carta que escribió, camino de Wittenberg, añadía Lutero: “Héme aquí, dispuesto a sufrir la reprobación de su alteza y el enojo del mundo entero. ¿No son los vecinos de Wittenberg mi propia grey? ¿No los encomendó Dios a mi cuidado? y ¿no deberé, si es necesario, dar mi vida por amor de ellos? Además, temo ver una terrible revuelta en Alemania, que ha de acarrear a nuestro país el castigo de Dios” (ibíd., cap. 7).

Con exquisita precaución y humildad, pero a la vez con decisión y firmeza, volvió Lutero a su trabajo. “Con la Biblia—dijo—, debemos rebatir y echar fuera lo que logró imponerse por medio de la fuerza. Yo no deseo que se valgan de la violencia contra los supersticiosos y los incrédulos [...]. No

hay que constreñir a nadie. La libertad es la esencia misma de la fe” (ibíd., cap. 8).

Pronto se supo por todo Wittenberg que Lutero había vuelto y que iba a predicar. El pueblo acudió de todas partes, al punto que no podía caber en la iglesia. Subiendo al púlpito, instruyó el reformador a sus oyentes; con notable sabiduría y mansedumbre los exhortó y los amonestó. Refiriéndose en su sermón a las medidas violentas de que algunos habían echado mano para abolir la misa, dijo:

“La misa es una cosa mala. Dios se opone a ella. Debería abolirse, y yo desearía que en su lugar se estableciese en todas partes la santa cena del evangelio. Pero no apartéis de ella a nadie por la fuerza. Debemos dejar el asunto en manos de Dios. No somos nosotros los que hemos de obrar, sino su Palabra. Y ¿por qué? me preguntáis. Porque los corazones de los hombres no están en mis manos como el barro en las del alfarero. Tenemos derecho de hablar, pero no tenemos derecho de obligar a nadie. Prediquemos; y confiemos lo demás a Dios. Si me resuelvo a hacer uso de la fuerza, ¿qué conseguiré? Fingimientos, formalismo, ordenanzas humanas, hipocresía [...]. Pero en todo esto no se hallará



Adoración en el altar de una catedral.

sinceridad de corazón, ni fe, ni amor. Y donde falte esto, todo falta, y yo no daría ni una paja por celebrar una victoria de esta índole [...]. Dios puede hacer más mediante el mero poder de su Palabra que vosotros y yo y el mundo entero con nuestros esfuerzos unidos. Dios sujeta el corazón, y una vez sujeto, todo está ganado [...].

“Estoy listo para predicar, alegrar y escribir; pero a nadie constreñiré, porque la fe es un acto voluntario. Recordad todo lo que ya he hecho. Me encaré con el papa, combatí las indulgencias y a los papistas; pero sin violencia, sin tumultos. Expuse con claridad la Palabra de Dios; prediqué y escribí, esto es todo lo que hice. Y sin embargo, mientras yo dormía, [...] la Palabra que había predicado afectó al papado como nunca le perjudicó príncipe ni emperador alguno. Y sin embargo nada hice; la Palabra sola lo hizo todo. Si hubiese yo apelado a la fuerza, el suelo de Alemania habría sido tal vez inundado con sangre. ¿Pero cuál hubiera sido el resultado? La ruina y la destrucción del alma y del cuerpo. En consecuencia, me quedo quieto, y dejo que la Palabra se extienda a lo largo y a lo ancho de la tierra” (ibíd.).

Por siete días consecutivos predicó Lutero a las ansiosas muchedumbres. La Palabra de Dios quebrantó la esclavitud del fanatismo. El poder del evangelio hizo volver a la verdad al pueblo que se había descarriado.

Lutero no deseaba verse con los fanáticos cuyas enseñanzas habían causado tan grave perjuicio. Harto los conocía por hombres de escaso juicio y de pasiones desordenadas, y que, pretendiendo ser iluminados directamente por el cielo, no admitirían la menor contradicción ni atenderían a un solo consejo ni a un solo cariñoso reproche. Arrogándose la suprema autoridad, exigían de todos que, sin la menor resistencia, reconociesen lo que ellos pretendían. Pero como solicitasen una entrevista con él, consintió en recibirlos; y denunció sus pretensiones con tanto éxito que los impostores se alejaron en el acto de Wittenberg.

El fanatismo quedó detenido por un tiempo; pero pocos años después resucitó con mayor violencia y logró resultados más desastrosos. Respecto a los principales directores de este movimiento, dijo Lutero: “Para ellos las Sagradas Escrituras son letra muerta; todos gritan: ‘¡El Espíritu! ¡El Espíritu!’ Pero yo no quisiera ir por cierto adonde su espíritu los guía. ¡Quiera a Dios en su misericordia guardarme de pertenecer a una iglesia en la cual solo haya santos! Deseo estar con los humildes, los débiles, los enfermos, todos los cuales conocen y sienten su pecado y suspiran y claman de continuo a Dios desde el fondo de sus corazones para que él los consuele y los sostenga” (ibíd., lib. 10, cap. 10).

Tomás Munzer, el más activo de los fanáticos, era hombre de notable habilidad que, si la hubiese encauzado debidamente, habría podido hacer mucho bien; pero desconocía aun los principios más rudimentarios de la religión verdadera. “Deseaba vehementemente reformar el mundo, olvidando, como otros muchos iluminados, que la reforma debía comenzar por él mismo” (ibíd., lib. 9, cap. 8). Ambicionaba ejercer cargos e influencia, y no quería ocupar el segundo puesto, ni aun bajo el mismo Lutero. Declaraba que, al colocar la autoridad de la Escritura en sustitución de la del papa, los reformadores no hacían más que establecer una nueva forma de papado. Y se declaraba divinamente comisionado para llevar a efecto la verdadera reforma. “El que tiene este espíritu—decía Munzer—posee la verdadera fe, aunque ni por una sola vez en su vida haya visto las Sagradas Escrituras” (ibíd., lib. 10, cap. 10).

Los maestros del fanatismo se abandonaban al influjo de sus impresiones y consideraban cada pensamiento y cada impulso como voz de Dios; en consecuencia, se fueron a los extremos. Algunos llegaron hasta quemar sus Biblias, exclamando: “La letra mata, el Espíritu es el que da vida”. Las enseñanzas de Munzer apelaban a la afición del hombre a lo maravilloso, y de paso daban rienda suelta a su orgullo al colocar en realidad las ideas y las opiniones de los

hombres por encima de la Palabra de Dios. Millares de personas aceptaban sus doctrinas. Pronto llegó a condenar el orden en el culto público y declaró que obedecer a los príncipes era querer servir a Dios y a Belial.

El pueblo que comenzaba a emanciparse del yugo del papado, tascaba el freno bajo las restricciones de la autoridad civil. Las enseñanzas revolucionarias de Munzer, con su presunta aprobación divina, los indujeron a sublevarse contra toda sujeción y a abandonarse a sus prejuicios y a sus pasiones. Siguiéronse las más terribles escenas de sedición y contienda y los campos de Alemania se empaparon de sangre.

La angustia de corazón que Lutero había experimentado hacía tanto tiempo en Erfurt, se apoderó de él nuevamente con redoblada fuerza al ver que los resultados del fanatismo eran considerados como efecto de la Reforma. Los príncipes papistas declaraban—y muchos estaban dispuestos a dar crédito al aserto—que la rebelión era fruto legítimo de las doctrinas de Lutero. A pesar de que estos cargos carecían del más

leve fundamento, no pudieron menos que causar honda pena al reformador. Parecía insoportable que se deshonrase así la causa de la verdad identificándola con tan grosero fanatismo. Por otra parte, los jefes de la revuelta odiaban a Lutero no solo porque se había opuesto a sus doctrinas y se había negado a reconocerles autorización divina, sino porque los había declarado rebeldes ante las autoridades civiles. En venganza le llamaban vil impostor. Parecía haberse atraído la enemistad tanto de los príncipes como del pueblo.

Los romanistas se regocijaban y esperaban ver pronto la ruina de la Reforma. Hasta culpaban a Lutero de los mismos errores que él mismo se afanara tanto en corregir. El partido de los fanáticos, declarando falsamente haber sido tratado con injusticia, logró ganar la simpatía de mucha gente, y, como sucede con frecuencia con los que se inclinan del lado del error, fueron pronto aquellos considerados como mártires. De esta manera los que desplegaran toda su energía en oposición a la Reforma fueron



Lutero trabajando en la traducción de la Biblia.

compadecidos y admirados como víctimas de la crueldad y de la opresión. Esta era la obra de Satanás, y la impulsaba el mismo espíritu de rebelión que se manifestó por primera vez en los cielos.

Satanás procura constantemente engañar a los hombres y les hace llamar pecado a lo que es bueno, y bueno a lo que es pecado. ¡Y cuánto éxito ha tenido su obra! ¡Cuántas veces se crítica a los siervos fieles de Dios porque permanecen firmes en defensa de la verdad! Hombres que solo son agentes de Satanás reciben alabanzas y lisonjas y hasta pasan por mártires, en tanto que otros que deberían ser considerados y sostenidos por su fidelidad a Dios, son abandonados y objeto de sospecha y de desconfianza.

La falsa piedad y la falsa santificación siguen haciendo su obra de engaño. Bajo diversas formas dejan ver el mismo espíritu que las caracterizara en días de Lutero, pues apartan a las mentes de las Escrituras e inducen a los hombres a seguir sus propios sentimientos e impresiones en vez de rendir obediencia a la ley de Dios. Este es uno de los más eficaces inventos de Satanás para desprestigiar la pureza y la verdad.

Denodadamente defendió Lutero el evangelio contra los ataques de que era objeto desde todas partes. La Palabra de Dios demostró ser un arma poderosa en cada conflicto. Con ella combatió el reformador la usurpada autoridad del papa y la filosofía racionalista de los escolásticos, a la vez que se mantenía firme como una roca contra el fanatismo que pretendía aliarse con la Reforma.

Cada uno a su manera, estos elementos opuestos dejaban a un lado las Sagradas Escrituras y exaltaban la sabiduría humana como el gran recurso para conocer la verdad religiosa. El racionalismo hace un ídolo de la razón, y la constituye como criterio religioso. El romanismo, al atribuir a su soberano pontífice una inspiración que proviene en línea recta de los apóstoles y continúa invariable al través de los tiempos, da amplia oportunidad para toda clase de extravagancias y corrupciones que se ocultan bajo la santidad del mandato apostólico.

La inspiración a que pretendían Munzer y sus colegas no procedía sino de los desvaríos de su imaginación y su influencia subvertía toda autoridad, humana o divina. El cristianismo recibe la Palabra de Dios como el gran tesoro de la verdad inspirada y la piedra de toque de toda inspiración.

A su regreso de Wartburg, terminó Lutero su traducción del Nuevo Testamento y no tardó el evangelio en ser ofrecido al pueblo de Alemania en su propia lengua. Esta versión fue recibida con agrado por todos los amigos de la verdad, pero fue vilmente desechada por los que preferían dejarse guiar por las tradiciones y los mandamientos de los hombres.

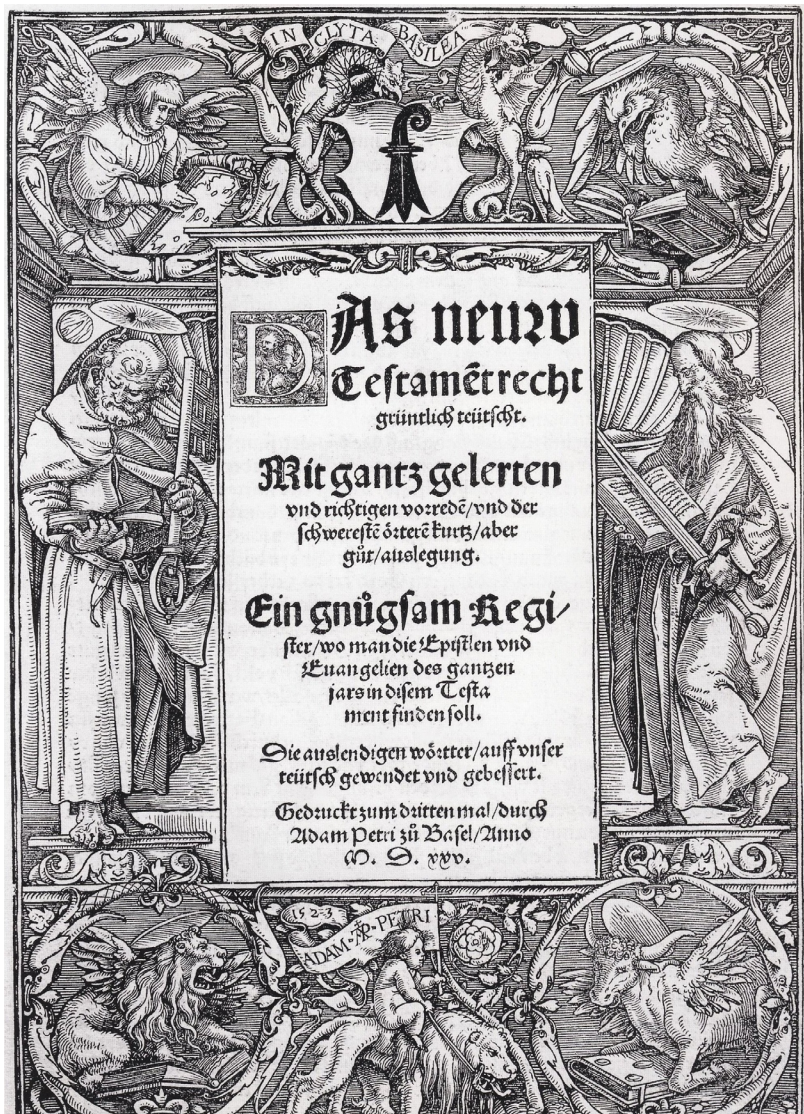
Se alarmaron los sacerdotes al pensar que el vulgo iba a poder discutir con ellos los preceptos de la Palabra de Dios y descubrir la ignorancia de ellos. Las armas carnales de su raciocinio eran impotentes contra la espada del Espíritu. Roma puso en juego toda su autoridad para impedir la circulación de las Santas Escrituras; pero los decretos, los anatemas y el mismo tormento eran inútiles. Cuanto más se condenaba y prohibía la Biblia, mayor era el afán del pueblo por conocer lo que ella enseñaba. Todos los que sabían leer deseaban con ansia estudiar la Palabra de Dios por sí mismos. La llevaban consigo, la leían y releían, y no se quedaban satisfechos antes de saber grandes trozos de ella de memoria. Viendo la buena voluntad con que fue acogido el Nuevo Testamento, Lutero dio comienzo a la traducción del Antiguo y la fue publicando por partes conforme las iba terminando.

Sus escritos tenían aceptación en la ciudad y en las aldeas. “Lo que Lutero y sus amigos escribían, otros se encargaban de esparcirlo por todas partes. Los monjes que habían reconocido el carácter ilegítimo de las obligaciones monacales y deseaban cambiar su vida de indolencia por una de actividad, pero se sentían muy incapaces de proclamar por sí mismos la Palabra de Dios, cruzaban las provincias vendiendo los escritos de Lutero y sus colegas. Al poco tiempo Alemania pululaba con estos intrépidos colportores” (ibíd., lib. 9, cap. II).

Estos escritos eran estudiados con profundo interés por ricos y pobres, por letrados e ignorantes. De noche, los maestros de las escuelas rurales los leían en alta voz a pequeños grupos que se reunían al amor de la lumbre. Cada esfuerzo que en este sentido se hacía convencía a algunas almas de

la verdad, y ellas a su vez habiendo recibido la Palabra con alegría, la comunicaban a otros.

Así se cumplían las palabras inspiradas: "La entrada de tus palabras alumbrá; a los simples les da inteligencia". Salmos 119:130 (VM). El estudio de las Sagradas Escrituras



Portada del Nuevo Testamento publicado por Lutero.

producía un cambio notable en las mentes y en los corazones del pueblo. El dominio papal les había impuesto un yugo férreo que los mantenía en la ignorancia y en la degradación. Con escrúpulos supersticiosos, observaban las formas, pero era muy pequeña la parte que la mente y el corazón tomaban en los servicios. La predicación de Lutero, al exponer las sencillas verdades de la Palabra de Dios, y la Palabra misma, al ser puesta en manos del pueblo, despertaron sus facultades aletargadas, y no solo purificaban y ennoblecían la naturaleza espiritual, sino que daban nuevas fuerzas y vigor a la inteligencia.

Veíanse a personas de todas las clases sociales defender, con la Biblia en la mano, las doctrinas de la Reforma. Los papistas que habían abandonado el estudio de las Sagradas Escrituras a los sacerdotes y a los monjes, les pidieron que viniesen en su auxilio a refutar las nuevas enseñanzas. Empero, ignorantes de las Escrituras y del poder de Dios, monjes y sacerdotes fueron completamente derrotados por aquellos a quienes habían llamado herejes e indoctos. “Desgraciadamente—decía un escritor católico—, Lutero ha convencido a sus correligionarios de que su fe debe fundarse solamente en la Santa Escritura” (ibíd., lib. 9, cap. II). Las multitudes se congregaban para escuchar a hombres de poca ilustración defender la verdad y hasta discutir acerca de ella con teólogos instruidos y elocuentes. La vergonzosa ignorancia de estos grandes hombres se descubría tan luego como sus argumentos eran refutados por las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. Los hombres de trabajo, los soldados y hasta los niños, estaban más familiarizados con las enseñanzas de la Biblia que los sacerdotes y los sabios doctores.

El contraste entre los discípulos del evangelio y los que sostenían las supersticiones papistas no era menos notable entre los estudiantes que entre las masas populares. “En oposición a los antiguos campeones de la jerarquía que había descaído el estudio de los idiomas y de la literaturas, [...] levantábanse jóvenes de

mente privilegiada, muchos de los cuales se consagraban al estudio de las Escrituras, y se familiarizaban con los tesoros de la literatura antigua. Dotados de rápida percepción, de almas elevadas y de corazones intrépidos, pronto llegaron a alcanzar estos jóvenes tanta competencia, que durante mucho tiempo nadie se atrevía a hacerles frente [...]. De manera que en los concursos públicos en que estos jóvenes campeones de la Reforma se encontraban con doctores papistas, los atacaban con tanta facilidad y confianza que los hacían vacilar y los exponían al desprecio de todos” (ibíd.).

Cuando el clero se dio cuenta de que iba menguando el número de los congregantes, invocó la ayuda de los magistrados, y por todos los medios a su alcance procuró atraer nuevamente a sus oyentes. Pero el pueblo había hallado en las nuevas enseñanzas algo que satisfacía las necesidades de sus almas, y se apartaba de aquellos que por tanto tiempo le habían alimentado con las cáscaras vacías de los ritos supersticiosos y de las tradiciones humanas.

Cuando la persecución ardía contra los predicadores de la verdad, ponían estos en práctica las palabras de Cristo: “Cuando pues os persiguieren en una ciudad, huid a otra”. Mateo 10:23 (VM). La luz penetraba en todas partes. Los fugitivos hallaban en algún lugar puertas hospitalarias que les eran abiertas, y morando allí, predicaban a Cristo, a veces en la iglesia, o, si se les negaba ese privilegio, en casas particulares o al aire libre. Cualquier sitio en que hallasen un oyente se convertía en templo. La verdad, proclamada con tanta energía y fidelidad, se extendía con irresistible poder.

En vano se mancomunaban las autoridades civiles y eclesiásticas para detener el avance de la herejía. Inútilmente recurrían a la cárcel, al tormento, al fuego y a la espada. Millares de creyentes sellaban su fe con su sangre, pero la obra seguía adelante. La persecución no servía sino para hacer cundir la verdad, y el fanatismo que Satanás intentara unir a ella, no logró sino hacer resaltar aún más el contraste entre la obra diabólica y la de Dios.